

Arroyo

El calor era insoportable esa tarde de verano en la pequeña casa; aunque Ema recibía el aire del ventilador de pie que se encontraba al límite de su cama de dos plazas, y eso hacía más llevadera la hora de la siesta, en la que sus abuelos dormían, mientras ella se disponía a continuar la aventura que había iniciado el día anterior, con alguno de los libros que su tía le había obsequiado.

La casa quedaba exactamente a nueve kilómetros de la ciudad más cercana. Era pequeña y un poco vieja, rodeada de árboles frutales y de grandes eucaliptos que brindaban un poco de sombra. En este verano, el sol azotaba la tierra, que por la ausencia de lluvia comenzaba a partirse en oscuras grietas.

Algunos loros hacían ruido desde sus residencias en las altas ramas de los árboles y ninguna cigarra cantaba en ese momento. Ema observó que sus abuelos ya estaban despiertos y levantados, sentados fuera de la casa a la sombra de los árboles, sin hacer nada, simulando alguna conversación que no llevaba a ningún lugar; haciendo tiempo en la nada para no hacer nada; limitándose a vivir, a tolerarse en los años en el medio de la nada, en la soledad que carcome, en la soledad compartida, en la soledad mutua.

Ema metió dentro de un bolsito pobre de tela, algunas de sus pertenencias: un libro, una toalla y, tras pasar por la cocina, una botella de medio litro con agua fría. Se puso las gafas oscuras, un sombrero de paja, y un short que le tapaba la parte inferior del bikini. Salió al patio y notificó a los ancianos que se iba a nadar un rato al arroyo, que corría a unos quinientos metros de la casa, lo cual ninguno de sus interlocutores objetó. Mientras la joven caminaba a través del campo pensó que era una mala persona al irse sola y dejar a los pobres viejos sin su diversión veraniega, sin el remanso en el aburrimiento: ella.

Llegó al arroyo y se tumbó sobre la toalla, desparramada en el césped, se sacó la parte superior del traje de baño dejando al descubierto sus senos, firmes como los de la mayoría de las jóvenes. Leyó un rato pero el calor la obligó a meterse al agua.

El agua pasaba bajo un puente a un kilómetro de distancia, y luego avanzaba hacia el interior del campo, acompañado, de un solo lado, por grandes árboles. Ema siempre cruzaba hacia el lado sin sombra (para poder tomar sol) por una parte en la que el arroyo se angostaba y el agua apenas alcanzaba a cubrir los talones; a través del agua cristalina uno podía ver a los pequeños peces que jugaban como esquivando los dibujos que el sol hacía en el agua o a alguna tortuga que se escondía entre los juncos cercanos a la orilla. Luego, hacia un lado, el arroyo serpenteaba y formaba pequeños estanques en los que los hermanos de Ema (cuando vinieran de visitas) pasarían la tarde pescando. Hacia el otro lado el arroyo se ensanchaba considerablemente y, volviendo, hasta el puente y más allá, se tornaba profundo hasta lugares impalpables.

Ema se metió hacia ese lado, aunque con un dejo de temor, ya que el día anterior había visto a través del agua, cómo una serpiente se metía debajo de una roca, y más allá de que su abuelo le haya dicho que las serpientes de agua no hacen nada y que, obviamente, el ofidio no estaría aún allí, el temor a lo inesperado punza en el interior de cualquier ser humano.

Comenzó a nadar sintiendo cómo el agua jugaba con sus pechos desnudos, acariciándolos y meciéndolos suavemente. Haciendo que sus pezones adquirieran una textura firme al instante. Nadó unos cien metros, aún con ese extraño temor en la mente: ¿qué pasaría si una serpiente la mordiera estando tan lejos de la casa?, ¿Llegaría a tiempo para salvarse? ¿Y si se acalabraba alguno de sus músculos y por más que gritase nadie viniera en su auxilio? El mayor de los temores eran las ramas debajo del agua; había escuchado varias veces que el arroyo había crecido bastante en años anteriores y que algunos árboles habían terminado en el lecho. Algunas historias comentaban de personas que saltaban al agua desde las barrancas elevadas a los lados del cauce y que ya no aparecían en la superficie; algunos se aventuraban en su búsqueda, pero al darse cuenta de que había árboles en el fondo y que la persona ahogada había sido, certeramente, retenido por ellos, desistían en el acto, ante el temor a correr igual suerte.

Ema pensaba en todo esto mientras nadaba, considerándolo quizás como buenas historias que contarles a los niños para que no se metan solos al agua. Llegó hasta una curva del arroyo y emprendió el regreso hacia el lugar donde había dejado sus cosas. El sol le daba en la cara y comenzó a pensar en la posibilidad de tomar sol totalmente desnuda, ya que los únicos que se aparecían de vez en cuando eran algunos terneros acompañados por sus madres, acalorados y con ánimos de aplacar su sed.

De pronto Ema sintió que algo le rozó el pie izquierdo. El estremecimiento le recorrió todo el cuerpo, y automáticamente sacudió las extremidades, como intentando librarse de algo. Pensó que podría tratarse de algún pez, pero al momento recordó las historias de los árboles y, casi sin creerlo, pero en el fondo totalmente convencida de ellas, comenzó a nadar con más potencia. Cuando volvió a sentir el roce, pero en la otra pierna, a la altura de la rodilla, nadó con todas sus energías.

Las burbujas salieron en manadas de su boca, vaciando sus pulmones en un grito subacuático que ni siquiera los peces pudieron comprender. El cuerpo de Ema se perdía más y más en las profundidades del arroyo, esquivando ramas y volviéndose lentamente un cuerpo sin vida que alguien sujetaba y arrastraba desde el tobillo.